nos y tlaltelulcos, que recorrió toda la laguna, y que produjo una horrible detonacion, que los llenó á todos de pavura, sobre la que ocupaba sus desfallecidos ánimos. Este meteoro de la electricidad, se repitió el 8 *de Mayo de* 1829 *en* Marabatío, Irimbo y Tuxpa, *causando el estallido á manera del de un cañon de muy grueso calibre, que hizo salir de sus casas á porcion de gentes, que asustadas pedian misericordia al cielo, como consta en el* Astro Moreliano *de Valladolid de Michoacan, de* 11 *de dicho mes de Mayo.* (*Artículo,* Noticias del Estado.) *Ignoraban los mexicanos que este era un meteoro de la naturaleza en el año de* 1521. *Así como los mexicanos del año de* 1790 *corrieron espantados por nuestras calles hasta el Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe á la vista de una bellísima hermosa* Aurora boreal, *creyendo que llovia fuego del cielo, y vieron sacar en procesion al Santísimo Sacramento por ciertos frailes, aunque en sus aulas de filosofia se enseñaba la física moderna, y se esplicaba este fenómeno hermoso de la naturaleza.*

CAPITULO XLI.

De otras cosas que pasaron cuando los mexicanos y tlaltilulcanos, juntamente con el señor de México, se entregaron á los españoles.

Otras cosas que aquí (no) se ponen, pasaron tambien cuando los mexicanos con su señor se rindieron al capitan D. Hernando Cortés. Desque fueron llegados los mexicanos y tlaltilulcanos con su señor á la casa en cuya azotea estaba esperándolos el capitan D. Hernando Cortés, descendieron algunos de los españoles (aquellos á quienes el capitan mandó) y recibiéronle, sacándole de la canoa, y llevándole con grande alegria á la presencia del capitan, y luego soltaron la artillería, y tocaron las trompetas y atambores, y levantaron el estandarte en

señal y regocijo de la victoria. Todo aquel dia se regocijaron los españoles con ver ya acabada aquella guerra tan prolija y tan costosa, y acariciaron y regocijaron al señor de México, y á los principales mexicanos y tlaltilulcanos. Luego el dia siguiente de mañana se pregonó la paz, y mandaron á los que estaban acorralados que saliesen seguramente, y libremente se fuesen á sus casas á reposar y consolar; y tambien apregonaron mandando á los españoles, y los tlaxcaltecas, y todos los demas indios, que ningun daño les hiciesen, ni les tomasen cosa alguna de sus haciendas, ni tomasen esclavos algunos hombres ni mugeres, niños ni niñas; y cuando los que estaban acorralados salieron de su corral (habiendo entendido el pregon que se habia dado) en llegando á la calzada hácia el barrio que se llama *Coyonacazco,* algunos de los tlaxcaltecas acometieron á robar y á matar á los que salian, y mataron y robaron á algunos. Visto esto por el capitan, luego envió á los españoles á que fuesen á defender á los mexicanos, y impidiesen, y aprisionasen á los que hacian aquel daño. Despues desto, los que salian comenzaron á dividirse por diversos caminos hácia donde querian ir: otros salieron por el agua en canoas, y otros apeando por el agua; y como salieron á tierra algunos soldados, comenzaron á robarlos y á captivarlos; solamente buscaban el oro que llevaban, y para esto les buscaban las vestiduras á los hombres, y á las mugeres (y aun hasta hacerles abrir la boca) para ver si llevaban oro en ellas, y escogian mozos y mozas los que mejor les parecian, y los tomaban para esclavos, y algunos mozos y mozas se disfrazaban poniéndose lodo en las caras, y cubriéndose con mantas rotas porque no les tomasen por esclavos. Como llegó la relacion de este hecho á la presencia del capitan, luego proveyó para que aquellos malhechores fuesen impedidos, y presos, y llevados á su presencia antes que mas mal se hiciese (aunque todavia *herraron en la cara á algunos mancebos y mugeres de buena disposicion.*) Este dia, en la noche, metieron al señor de México, é á sus principales mexicanos y tlaltilulcanos en

un bergantin, y los llevaron á aquel lugar donde tenian juntos todos los bergantines, que se llamaba *Acachinanco*, que es en la orilla de la laguna de la parte de México. El dia siguiente volvieron los españoles á este barrio de *Amaxac*, todos venian armados, pero no á punto de guerra, y cuando llegaron á este barrio de *Amaxac* y de *Coyonacazco*, todos se ataparon las narices con unos paños de lienzo que para esto traían, por el gran hedor que estaba en todos estos barrios de los cuerpos muertos y podridos de que estaba lleno todo el campo, y tambien por las acequias (que era cosa pestilencial.) Todos venian á pié, y traían consigo al señor de México *Quauhtimotzin*, y al señor de Texcuco que se llamaba *Coanacotzin*, y al señor de los tecpanecas que se llamaba *Tetlepanquetzatzin*. Venian todos tres juntos, enmedio de los dos venian *Quauhtimotzin*, señor de México. Venian tras ellos acompañándolos los principales siguientes: *Cihuacoatl* (ministro del emperador,) *Tlacotzi*, *Tlilancalqui*, *Petlauhzi*, *Vitznacoatl*, *Motelchiuhtzi*, *Mexicatl*, *Achauchtli*, *Tecutlamacazqui Coatzitlatlatzin*, *Tlazoliatitl*, los cuales tenian en su poder todo el oro que se habia juntado en el tiempo de la guerra. Todos fueron derechos al barrio que se llama Atatzinco, donde ahora está edificada la iglesia de Santa Lucía, aquí en el Tlaltilulco. Gran cópia de españoles iban detras destos principales guardándolos, ordenados de dos en dos, y llegando á la casa del principal, que se llamaba *Coyovevetzin*, subieron á la azotea desta casa, la cual estaba toda entoldada con mantas ricas por sombra del sol. Tenian allí aparejada la silla y dosel para el capitan D. Hernando Cortés, el cual llevaba consigo á su intérprete Marina, y sentado el capitan, asentóse á su mano derecha el señor de México *Quauhtimotzin*, y cave él se asentó el señor de Texcuco *Coanacotzin*.

NOTA DEL EDITOR.

¡Qué escena tan dolorosa presenta este capítulo! El señor de México, el emperador, el inocente Quauhtimotzin, *preso en su misma capital, trasladado de un bergantin español, morada de la gente mas soez que han arrojado los mares sobre nuestras playas, para ser paseado en triunfo por las calles mismas de su capital á la vista de un numeroso pueblo, cuya libertad habia defendido tan bizarramente, y rodeado de unos bandoleros.... ¡Ah! ¡la imaginacion no puede sostener esta idea, ni la pluma presentarla al papel como la concibe:* ¡Obstupescite Dii! ¡Obstupescite homines!!!.... *Mas todavía le faltaba que apurar el cáliz de la tribulacion, y sufrir los horrores de la ignominia, y la amargura de un tormento de fuego, y despues la muerte pendiente de un árbol.*

CAPITULO XLII.

De la plática que hizo el capitan D. Hernando Cortés á los señores de México, Texcuco y Tlacupa, depues de la victoria, en la cual tuvo córtes á todos los señores desta comarca de México (*).

En esta junta, que el Sr. D. Hernando Cortés tuvo en este pueblo del Tlaltilulco á los señores destas comarcas de México, se puede decir que les tuvo córtes, donde se trataron muchas cosas: la primera y principal fué hacer señor del Tlaltilulco con sucesion de hijos y nietos á un principal que se llamaba *Avelitzoctzi*, de donde se sabe por cosa cierta que los señores ó reyes que reinaban en esta tierra, no succedian por generacion, sino por eleccion, y la confirmacion dellos la hacia *Moctheuzoma* como emperador, y como lo usaron sus an-

(*) *Si así son todas las córtes, nora mala para ellas.*

tecesores. Lo segundo de que se trató, fué del de recoger de los tributos, que modo se tenia en el recoger dellos antiguamente. Aquí se trató de como los tres señores de México y Texcuco y Tlacupa se juntaban todos tres con toda su gente, para ir á conquistar alguna provincia (aunque los señores della en ninguna cosa hubiesen ofendido á estos tres señores ni á sus tierras) de donde claramente se colige que eran tiranos, (*) como hubiesen vencido á los que iban á conquistar, repartian entre sí aquella provincia, y hacian otras diligencias para asegurar su dominio en aquella provincia, y mandábanlos acudir con los tributos á México, y allí se repartian entre los tres señores, segun la traza que daba el señor de México. Esto se trata en este capítulo breve y confusamente; pero en los libros de la historia desta tierra se trata en muchas partes, en especial en el libro sexto, de la manera que tenian en el conquistar, y en el repartir, y en el poner de las leyes á los conquistados, los cuales libros que fueron doce, envió por ellos nuestro señor el rey D. Felipe, y se los envié yo por mano del Sr. D. Martin Henriquez. Visorey que fué desta tierra, y no sé que se hizo dellos, ni en cuyo poder están agora. Llevólos despues desto el P. Fr. Rodrigo de Sequera, desque hizo su oficio de comisario en esta tierra, y nunca me ha escripto en que pararon aquellos libros que llevó en lengua mexicana y castellana, y muy historiados; ni sé en cuyo poder están agora, donde está escripto en doce libros todo lo que se pudo alcanzar de las cosas divinas y humanas, y políticas y naturales de animales, áves y yerbas que se pudieron alcanzar. Tratóse tambien en esta junta de que pareciese el oro, y joyas, y piedras que se perdieron en aquella acequia (†) que se llama *Tol-*

(*) *Cumplióse en ellos el proverbio del Espíritu Santo,* Con la vara que mides serás medido. *Cortés hizo lo mismo que ellos habian hecho. ¡Qué leccion para los gobiernos!*

(†) Hoc opus, hic labor est, *este era el gran negocio que movia á Cortés; lo demas era nada, á lo primero habia venido, y no mas; esto era lo principal, la religion lo accesorio, la traia en la punta de la lanza.*

tecaacaloco, donde murieron mas de trescientos españoles y muy muchos indios tlaxcaltecas, y se perdió todo el fardage y riquezas de los españoles. Desto se hizo diligente inquisicion, y pareció el oro que se habia allegado en la conquista de México; pero no pareció el tesoro quellos *robaron* (*) cuando los españoles salieron huyendo de México. Aquí se ponen las respuestas que en esta inquisicion los mexicanos y tlaltilulcanos hicieron, echando este robo los unos á los otros, y los otros á los otros; y finalmente, despues de hechas muchas diligencias y habiendo dado tormento á muchos indios y principales sobre este caso, no se sabe en que paró el negocio. Cerca del señorío que entonces se dió á aquel indio D. Juan *Avelitoctzin,* yo le conocí hartos años que tenia el señorío, y de la parte de México conocí á otros que tuvieron el señorío (†), y despues acá (como la audiencia está siempre presente en esta ciudad) ordenóse y mejor, que no hubiese señor ni por eleccion, ni por succesion, sino que hubiese gobernadores puestos por la misma audiencia, uno que gobernase en México, y otro en el Tlaltilulco, como ahora se hace, y el imperio desta tierra es de S. M. del rey D. Felipe nuestro señor, al cual nuestro Señor Dios dé vida y prosperidad por muchos años en esta vida, y en la otra eterna, Amén.

Hecho esto aquí en este pueblo del Tlaltilulco, luego el marqués con todos los españoles se fué al pueblo de Coyoacan á acabar sus córtes. Allí se trataron muchas cosas y en muchos dias, y se dieron repartimientos á los españoles conquistadores, y el capitan D. Hernando Cortés se quedó por gobernador desta tierra, y luego él y todos los demas capitanes y personas principales dellos escribieron al invictísimo emperador Cárlos V., que entonce era rey de las Españas, y el

(*) *Es equívoco.... Lo propio no se roba, sino lo ageno.*

(†) *El señorío se redujo á nombrar dos gobernadores, uno de S. Juan de México, y otro de Santiago Tlaltelolco, con facultades económicas, siendo la principal cobrar los tributos y entregarlos, y ser unos corchetes de los vireyes, corregidores, y real audiencia. Deciase, la Teypan de S. Juan y Santiago.*

capitan y gobernador D. Hernando Cortés escribió al emperador una carta, en que suplicaba que se enviasen á estas partes predicadores de la fé católica, y frailes de S. Francisco recoletos, para que predicasen á esta gente indiana é idólatra la ley de Dios, y los convertiesen á la fé católica de la santa iglesia romana, lo cual el emperador escribió al Sumo Pontífice, informándole de lo que en esta tierra habia pasado, y de lo que era menester para que se entendiese luego en la conversion destos indios idólatras. El papa Adriano sexto (el cual habia sido ayo del emperador) proveyó este negocio de manera, que envió á esta tierra doce frailes de S. Francisco recoletos españoles de la provincia de S. Gabriel, con toda su autoridad para fundar, y regir á todos los que destos indios se convertiesen, los cuales llegaron á esta tierra con los favores que el mismo emperador los dió, á la presencia del gobernador D. Hernando Cortés, el año de 1525.

Fray Bernardino de Sahagun.

NOTA DEL EDITOR.

Esparcida por todo este país (dice Clavijero) la noticia de la toma de México, prestaron obediencia á Cortés las provincias del imperio, aunque no faltaron algunas que por espacio de dos años hicieron guerra á los españoles. Los aliados volvieron á sus casas satisfechos con la parte que les habia tocado, y con haber destruido una córte, cuya dominacion no podian sufrir, y cuyas armas los tenian en perpetua inquietud. No sabian que ellos mismos forjaban las

cadenas que debian aprisionarlos, ni conocian que arruinado aquel imperio, solo debian aguardar las otras naciones esclavitud, y envilecimiento.

El botin no fué tanto como esperaban los vencedores; las piezas de oro, plata y plumas que por su singular artificio se conservaron enteras, fueron mandadas á Cárlos V; todo el resto del oro que se mandó fundir apenas llegó á diez y nueve mil y doscientas onzas; tanto porque los mexicanos echaron una gran parte en la laguna; como porque así los españoles como los indios aliados procuraron en el saquéo indemnizarse de sus fatigas del modo que pudieron, y aun asesinando á los mexicanos, como dice el P. Sahagun. Los estragos de esta conquista nos los presenta Bernal Diaz del Castillo con su estilo grosero, de una manera que horroriza. Es verdad, y juro amen, (dice) que toda la laguna, y casas, y barbacanas estaban llenas de cuerpos, y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de que manera lo escribia, pues en las calles y en los mismos patios de Tlaltelolco no habia otras cosas, y no podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leido la destruicion de Jerusalen, mas si en ella hubo tanta mortandad como esta, yo no lo sé." Tan horrible espectáculo no bastó para arredrar á Hernan Cortés, é impedir que presenciase otros que podrian haber conmovido á las fieras mismas, pues afectaban directamente la sensibilidad del corazon, de un corazon que se decia cristiano; tal fué el que él mismo regentó, mandando poner á cuestion de tormento al emperador Quauhtimotzin, al ministro de este, al rey de Tacuba y otros personages, con el objeto de averiguar donde estaba el oro. El tormento que se dió al primero fué, quemarle poco á poco los piés despues de habérselos untado con aceite, por lo que quedó casi imposibilitado de andar este monarca; toleró con constancia invicta el tormento, y de su boca no se oyó ni una palabra que pudiera satisfacer los deseos de su tirano: su ministro le dirigió la vista en el tormento, y entendió que

con aquella mirada le pedia su consentimiento para declarar donde estaba el oro porque se le preguntaba; mas Quauhtimotzin *le dijo enérgicamente, ¿acaso estoy yo descansando en un lecho de flores? Con tal respuesta enmudeció de todo punto y murió en la tortura. Los panegiristas de Cortés han pretendido disculparlo, diciendo, que se vió precisado á condescender con las instancias de sus oficiales y soldados, que sospechaban que queria apoderarse del tesoro del emperador, principalmente con las de Julian de* Alderete, *tesorero mandado por el obispo Fonseca, enemigo de Cortés, y fiscal inmediato de todas sus operaciones. Dicen, que ofendido de esta medida, ó sea horrorizado, hizo quitar á Quauhtimotzin del potro; pero estas consejas solo se cuentan á niños; Cortés tenia sobrada energía para reprimir cualquier desman de los suyos, y para echar una cadena aun á sus capitanes mas amigos, como Juan Velasquez, cuando hirió en una contienda á otro español, y tambien él fué herido; él imitaba á César, que cuando queria perdonar, se valia secretamente de sus legionarios para que le pidiesen el castigo, así como con una sola palabra* milites, *en lugar de* comilitones, *sabia reprimir un motin militar. La lujuria y la avaricia son dos vicios que marcan el carácter de Cortés en la mayor parte de su vida, y consiguiente á ellos, la crueldad, porque los vicios son correlativos. Nadie, mejor que el mismo P. Sahagun ha pintado esta escena de la inquisicion del oro: léase el cap.* 41 (*). *Mas yo ahorraré á mis lectores el trabajo de buscarlo allí, transcribiéndolo á la letra: "Como estuvieron juntos (dice) los tres señores de México, Texcuco y Tlacupan con sus principales, delante de D. Hernando Cortés, mandó á Marina que les dijese donde estaba el oro que habia dejado en México, y luego los mexicanos le sacaron todas las joyas que tenian escondidas en una canoa llena, y todo lo pusieron delante del capitan*

(*) Entiéndase de la primera edicion que hice en 1829. Imprenta de Galvan.

y de los españoles que con él estaban, y como lo vió, dijo: ¿No hay mas oro que este en México (*)? *Sacadlo todo, que es menester* todo. *Y luego un principal, llamado* Tlacutzin, *habló á Marina respondiendo: "Dí á nuestro señor capitan, que cuando llegó á las casas reales, la primera vez, vió todo el que habia, y todas las salas cerramos con adoves; no sabemos que se hizo el oro que habia, tenemos que todo lo llevaron ellos* (†), *y no tenemos mas de este ahora, y el capitan respondió diciendo; que es verdad que todo lo tomamos, pero todo nos lo tomaron en aquel paso de acequia, que se llama* Toltecaacaloco, *es menester que luego parezca, y luego respondió un principal mexicano, que se llamaba* Cioacoatlactzin, *y dijo á Marina: Díle al señor capitan, que nosotros los mexicanos no peleamos por el agua con canoas; ni sabemos esta manera de pelea que solo los de Tlaltilulco que peleaban por el agua atajaron á nuestros señores los españoles, y creemos que solo ellos lo tomaron, y luego respondió* Quauhtimotzin, *y dijo al principal Cioacoatl; ¿Qué es lo que dices? Aunque es así que los del Tlaltilulco lo tomaron fueron presos, y todo lo tornaron, en el lugar de Texopan se juntó todo, y esto que está aquí, y no hay mas. Dijo luego á Marina.... El nuestro capitan dice, que no está aquí todo, y respondió el principal* Cioacoatl: *¿Por ventura algun* Macehoatl *ha tomado alguno? Buscarse ha, y traerse ha á la presencia del capitan. Otra vez dijo Marina.... El señor capitan dice que busqueis doscientos tejuelos de oro tan grandes como así (y señalóles con las manos el grandor de una patena de cáliz.) Otra vez habló el principal* Cioacoatl, *y dijo.... ¿Por ventura alguna, las mugeres lo llevaron escondido debajo de las enaguas, buscarse ha, y traerse ha á la presencia del señor capitan....*

(*) Así preguntó cuando cómicamente representaba en la bahía de Veracruz el papel del dios *Quetzalcohuatl:* el hombre es el mismo en su mesma mesmedad.

(†) Así fué, por eso se ahogaron.

Este diálogo, aunque empalagoso, está bien patético: muestra á toda luz el ahinco con que se buscaba el oro por Cortés, y el tono petulante y orgulloso con que lo pedia repantigado en su silla. ¿Y será creible que esta pasion devoradora de las riquezas se trocase en compasion á favor de Quauhtimotzin, de un hombre de quien únicamente *se prometia Cortés hallar lo que tan ávidamente buscaba? Eso seria no conocer el corazon humano. Bernal Diaz dice, que se solicitó el oro en la laguna, y de ella se sacaron algunas cosas de este metal, entre ellas un sol semejante al que envió Moctheuzoma á Cortés, cuando este se hallaba en la costa. Entre los despojos reunidos, á consecuencia de esta pesquiza que se enviaron á Cárlos V., habia perlas de enorme tamaño, joyas preciosísimas, y alhajas maravillosas de oro; mas la nave en que fueron cayó en manos de* Juan *Florin, corsario frances, y pasaron á la córte de Francia, que autorizaba estos robos, bajo el famoso y frívolo pretesto de ser el rey cristianísimo tan hijo de Adan como Cárlos V. Parece que esta era la moral universal de la Europa en aquella época contraria á los preceptos del Decálogo. No era este el primer caso de esta naturaleza que habian visto los españoles en esta América. En principios de Julio de* 1502, *á la vista del puerto de Santo Domingo perecieron veinte y un navíos de los mejores de la flota española, cargados de oro, sin que hombre alguno escapase: allí se hundieron doscintos mil pesos que se remitian á España, y tambien se fué á pique aquel monstruoso grano de oro que se descubrió á la orilla del rio* Hayna *de la isla española, que Francisco de Bobadilla compró para Fernando é Isabel la católica, el cual pesaba tres mil y seiscientos escudos de oro, y era tan grande como uno de los mayores panes de Castilla* (*). *Los mineros castellanos que lo hallaron, en muestra de la alegría que les causó ver joya tan nueva y admirable, asaron un lechon, y lo comieron sobre aquella riqueza, celebrando haber comido en mesa de metal tan fino, á la cual ningun monarca se habia sentado.... Quizas el Occeano (dice la historia) no habia recibido tanto tesoro de un golpe en su anchuroso seno; pero como era el précio de la iniquidad y de la crueldad, quiso el cielo con la pérdida de tanta riqueza vengar la sangre de tantos infelices que habia sacrificado la codicia para acopiarla.*

(*) Véase la historia del descubrimiento de la América Septentrional por Colon, que publiqué en México en 1826. Imprenta de Ontiveros, capítulo 17, pág. 133.

Hízose la conquista de México en 13 *de Agosto de* 1521, *ciento noventa y seis años despues de fundada por los* Aztecas, *y ciento sesenta y nueve despues de erigida en monarquía, habiendo sido antes república aristocrática, gobernada por veinte señores. Ocuparon su trono succesivamente once soberanos, y en los mas de ellos se reunió la sabiduría con el valor. El sitio de México, comparable al de Jerusalen, así por la tenacidad y valor con que lo sostuvieron los mexicanos, como por la rábia infernal de sus invasores, duró setenta y cinco dias, en cuyo tiempo murieron algunos millares de los doscientos mil aliados que se hallaban presentes, y de novecientos españoles mas de ciento. Ignórase el número de mexicanos muertos; pero segun los datos de Cortés y Bernal Diaz, pasaron de* cien mil, *sin contar los que murieron de hambre.*